

la del conocimiento intuitivo, tienen grados infinitos que dependen de la energía de la inteligencia y de su desasimiento más ó menos perfecto de la voluntad. De estos grados, el más alto es el genio; en él la concepción del mundo se hace tan pura y objetiva, que lo que se revela á él no es ya la naturaleza de las cosas individuales, es más, es la de la especie entera, ó sea la *Idea* platónica, lo cual resulta de que la voluntad se ha eclipsado totalmente en la conciencia. Este es el punto en que la presente consideración, basada sobre datos fisiológicos, viene á juntarse con el asunto del tercer libro, con la metafísica de lo bello; allí se hallará extensamente expuesto y explicado cómo la concepción estética, propiamente dicha, cuya perfección pertenece exclusivamente al genio, es el estado de la conciencia pura, es decir, enteramente desprendida de la voluntad y hecha del todo objetiva. Para resumir lo que precede, la gradación de la inteligencia desde la conciencia animal más rudimentaria á la del hombre, es una excisión, un desprendimiento que se va operando progresivamente entre la inteligencia y voluntad y que se efectúa por entero, á título de rara excepción, en el genio. Se puede definir á éste, por tanto, como la objetivación suprema del conocimiento. La condición, tan raramente realizable del genio, es una cantidad de inteligencia considerablemente superior á la que es necesaria para el servicio de la voluntad, en su fundamento; ese excedente de inteligencia, que queda libre es el que percibe realmente el mundo, es decir, el que percibe objetivamente del todo, creando el artista, el poeta ó el filósofo.

CAPITULO XXXIII (1)

DE LA OBJETIVACIÓN DE LA VOLUNTAD EN LA
NATURALEZA INANIMADA

Reconocer que la voluntad, tal como cada ser la lleva en sí, no resulta del conocimiento cual lo admitieron hasta ahora los filósofos; que no es una mera modificación del conocimiento, un fenómeno secundario derivado del cerebro y determinado por él como la inteligencia, sino que es el *prius* del conocimiento, la esencia de nuestro ser, la fuerza primitiva misma que ha creado nuestro cuerpo y que le conserva desempeñando todas las funciones conscientes é inconscientes: he aquí el primer paso que hay que dar para iniciarse en el principio fundamental de mi Metafísica.

Por paradójico que todavía parezca hoy á muchos el que en sí la voluntad esté privada del conocimiento, los mismos escolásticos, sin embargo, lo habían comprendido y reconocido ya, pues un hombre muy versado en su filosofía, Julio C. Vanini (víctima bien conocida del fanatismo y del furor clerical), dice en su *Amphitheatrum*, p. 181: *Voluntas potentia caeca est, ex scholasticorum opinione.*

El segundo paso que hay que dar para comprender

(1) Este capítulo se refiere al § 27 del primer volumen.

mi principio metafísico, paso que exige una reflexión más profunda, es reconocer que esa misma voluntad es la que hace brotar las yemas en las plantas y lo que las hace producir hojas y flores; de igual modo que la forma regular del cristal en los minerales no es más que el sello de su tendencia momentánea, y que en su calidad de verdadero y único *αυτοματον* en el sentido propio de la palabra, la voluntad existe en el fondo de todas las fuerzas de la naturaleza inorgánica y se mueve y se agita en todas sus manifestaciones, constituye la fuerza de sus leyes y aparece hasta en la materia bruta en forma de gravedad.

Se incurriría en un error grosero si se creyese que se trata aquí sólo de una palabra que sirva para expresar una cantidad desconocida; lo que discutimos al presente es, por el contrario, el más real de todos los conocimientos reales, pues consiste en reducir lo que designamos con el nombre de *fuerza natural*, noción completamente inaccesible á nuestro conocimiento inmediato, y cosa que, por consiguiente, es esencialmente extraña para nosotros, á lo que conocemos más exacta y más íntimamente, si bien no podemos percibirlo directamente más que en el fondo de nuestro propio ser, de donde debemos trasladarlo á los demás fenómenos. Consiste en comprender que el elemento íntimo y primitivo es idéntico en cuanto á su naturaleza, en todos los cambios y en todos los movimientos de los cuerpos, por diversos que sean, aunque no podemos concebirle inmediata y completamente más que con ocasión de los movimientos de nuestro propio cuerpo, y por eso le llamamos voluntad. Consiste, en fin, en descubrir que el elemento que obra y se mueve en la Naturaleza y se manifiesta en sus fenómenos, cada vez más perfectos, cuando se eleva á

suficiente altura, para que la luz del conocimiento le alumbre directamente, es decir, cuando llega al grado de la conciencia de sí, se revela á nosotros como voluntad, como esa voluntad que es lo que conocemos mejor y que por lo mismo no hay nada que pueda explicarla, sino que sirve ella para explicar todas las demás cosas. Es, pues, la cosa en sí, en cuanto es dado al conocimiento llegar á ella, y, por consiguiente, es lo que debe hallarse, de cualquier modo que sea, en todas las cosas del mundo, pues ella es la esencia del mundo y la sustancia de todo fenómeno.

Mi disertación sobre *La Voluntad en la Naturaleza* está enteramente consagrada á la materia que forma el objeto del presente capítulo, y contiene también los experimentos de sabios imparciales, que comprueban este punto capital de mi doctrina; sólo he de añadir aquí algunas observaciones complementarias, en reducido número, y presentadas por fragmentos.

Primeramente, por lo que toca á la vida de los vegetales, llamo la atención sobre los dos curiosos primeros capítulos del tratado de Aristóteles acerca de las plantas. Lo más interesante que contienen (y el hecho no es raro en Aristóteles), es lo que en ellos se refiere á las opiniones de otros filósofos más profundos que le precedieron. Vemos que Anaxágoras y Empédocles estaban en lo cierto, pues enseñaban que las plantas deben el movimiento de su crecimiento á una tendencia voluntaria (*επιθυμια*) que les es propia, y á la cual atribuían aquéllos hasta placer y dolor, ó sea sentimiento. Platón, á causa del potente instinto de nutrición de las plantas, no les reconocía más que esta tendencia. (Véase Platón en el *Timeo*, pág. 403, edición Bip.) Aristóteles, por el contrario, fiel á su método habitual, se desliza por la superficie de las cosas,

y se atiene á indicios aislados y á nociones expresadas en un lenguaje vulgar; dice que sin sensación no puede haber apetencia, y que, á pesar de esto, las plantas no tienen sensación; sus razonamientos confusos muestran su embarazo, y, finalmente, comprueban la frase de Goethe: «Allí donde faltan las ideas, se presenta á tiempo una palabra» (*Fausto*). Esa palabra que se presenta es το θρεπτικόν, ó facultad de nutrición; esto es lo que posee la planta; es una parte de la llamada alma, según la división de *anima vegetativa, sensitiva é intelectual*. Este θρεπτικόν no es más que una *quidditas* escolástica, que significa: *plantae nutriuntur, quia habent facultatem nutritivam*. Esto sustituye mal á las investigaciones profundas de los predecesores de Aristóteles, criticados por él.

En el segundo capítulo del tratado, vemos que Empédocles había reconocido la sexualidad de las plantas, lo que critica también Aristóteles, y para ocultar su ignorancia en esta cuestión, sienta de antemano principios generales como éste, por ejemplo: que las plantas no pueden poseer los dos sexos reunidos, pues entonces serían más perfectas que los animales. Por procedimientos semejantes desechó el sistema astronómico de cosmogonía de los pitagóricos, que estaban en lo cierto, y con los absurdos principios expuestos principalmente en sus libros *De coelo* hizo nacer el sistema de Ptolomeo, que ha privado á la humanidad por espacio de cerca de dos mil años de una verdad ya descubierta.

No puedo menos de citar la opinión de un biólogo distinguido de nuestra época, que concuerda enteramente con mi doctrina. G. R. Treviranus dice: «Se puede concebir un medio de existencia en que la acción de lo exterior sobre lo interior no provoque más

que sensaciones de bienestar ó de malestar, y, por consiguiente, *apetencias*. Este modo de existir es el de la vida vegetal. En los modos superiores, en los de la vida animal, lo exterior es *sentido objetivamente*.» Treviranus habla así sin ninguna idea preconcebida y únicamente desde el punto de vista de las ciencias naturales, sin darse cuenta de la importancia metafísica de lo que afirma, ni de la *contradictio in adjecto* que envuelve esa noción: *sentido objetivamente*. Ignora que toda sensación es esencialmente subjetiva, y que todo lo objetivo es *intuición*, y, por tanto, producto del entendimiento. Pero esto no menoscaba en nada la verdad y la importancia del principio enunciado por él.

Ciertamente, el hecho de que la voluntad pueda existir sin el conocimiento es evidente y en cierto modo palpable, en la vida de las plantas. Vemos en ellas una tendencia enérgica, diversamente modificada, la cual se acomoda á las circunstancias más diferentes, y esto se manifiesta fuera de todo conocimiento. Así, en su plena inocencia, la planta exhibe ante los ojos de todos sus órganos genitales; no tiene noción de ellos. En cuanto el conocimiento aparece en la escala de los seres, vemos las partes sexuales relegadas á los lugares más recónditos del cuerpo. El hombre, en quien esto no es tan completo, las oculta por su propia voluntad; tiene vergüenza de ellas.

La fuerza vital es, pues, idéntica con la voluntad, y todas las demás fuerzas naturales lo son igualmente, aunque el hecho sea menos evidente. Si siempre se ha afirmado, con más ó menos precisión en la idea, que una apetencia, ó sea una voluntad, es lo que forma la base de la vida vegetal, en cambio es mucho más raro ver reducir al mismo principio las

fuerzas de la naturaleza inorgánica, y esto en tanta mayor proporción cuanto más se alejan de nuestro propio ser.

Es un hecho que el límite más determinado en la Naturaleza es el que separa lo orgánico de lo inorgánico y éste es acaso también el que no pasa por transición alguna; la máxima *Natura non fecit saltus* parece tener aquí una excepción. Si ciertos cristales, por su configuración exterior, recuerdan algunas formas de las plantas, esto no impide que exista una diferencia esencial y radical entre el último líquen, entre el hongo más microscópico y todo el reino inorgánico. Lo que es esencial y duradero en el cuerpo inorgánico, lo que constituye, por consiguiente, su identidad y su integridad, es el *fondo*, es decir, la *materia*; lo contingente y variable es la *forma*. En los cuerpos organizados sucede lo contrario; su vida consiste en el cambio incesante del *fondo* y en la permanencia de la forma; en esto estriba su existencia como cuerpos organizados. Su ser y su identidad residen exclusivamente en la forma. La esencia del cuerpo inorgánico es el reposo y la exclusión de toda impresión de lo exterior; esto es lo que mantiene su existencia, y en este estado, cuando es perfecto, la duración del cuerpo es indefinida. Lo orgánico, por el contrario, subsiste por virtud de un movimiento incesante y de la susceptibilidad no interrumpida de recibir impresiones exteriores. En cuanto la sensibilidad desaparece ó el movimiento se detiene, sobreviene la muerte, el ser deja de existir como ser organizado, aunque los vestigios del organismo subsistan todavía por algún tiempo.

Se ve por esto que es inadmisibles de todo punto el hablar, como suele hacerse en nuestros días, de la vida inorgánica, de la vida del globo terrestre ó el

sostener que la tierra es un organismo, de igual modo que el resto del sistema planetario. El atributo *vivo* no conviene más que á los cuerpos organizados, y todo organismo es orgánico de uno á otro extremo y en todas sus partes, sin que ninguna de éstas, ni las últimas partículas, se presente jamás como un mero agregado de elementos inorgánicos. Si la tierra fuese un organismo, sería preciso que las montañas, las rocas y todo lo interior de su masa fuesen orgánicos; no existiría, pues, nada inorgánico, y la noción misma de ello desaparecería.

Es, por el contrario, punto esencial de mi doctrina que la voluntad se halla tan poco ligada á la vida y á la condición orgánica como al conocimiento; que lo inorgánico se halla dotado de voluntad, y que las manifestaciones de ésta son lo que constituye esas propiedades fundamentales de que no existe explicación ulterior. En los escritores que me han precedido, es mucho más raro hallar huellas de esta opinión que de la concerniente á la existencia de la voluntad en el reino vegetal, aunque el conocimiento falta también en este reino.

La formación repentina del cristal nos muestra algo así como un impulso hacia la vida, como una tentativa que no puede lograrse, porque el líquido que le constituye, como toda cosa viviente, en el momento en que esa tentativa se produce, no está contenido en un tegumento, como sucede en todo lo que vive. Por consiguiente, no hay ni vasos en los cuales el movimiento pueda continuarse, ni otra cosa alguna que lo aisle del mundo exterior. Así ese movimiento instantáneo cae instantáneamente en rigidez y sólo queda de él un vestigio en forma de cristal.

En las *Afinidades electivas*, de Goethe, como ya el

título lo indica, observamos que domina, aunque sea á pesar del autor, el pensamiento de que la voluntad sobre la cual descansa todo nuestro ser, es idéntica con la que se manifiesta en los fenómenos orgánicos de orden más inferior, y que la regularidad de ambas clases de fenómenos muestra una analogía perfecta.

La mecánica y la astronomía nos muestran cómo procede la voluntad en sus manifestaciones de grado más inferior; es decir, como gravedad, como solidez y como inercia. La hidráulica nos la presenta actuando, cuando el estado sólido ha desaparecido y el agua se halla abandonada sin trabas á su pasión dominante: la gravedad. Considerada así la hidráulica, es la descripción del carácter del agua, puesto que nos da á conocer las manifestaciones de voluntad provocadas en aquélla por la pesantez; mas como en los seres que no tienen individualidad no existe un carácter individual junto al carácter genérico, estos fenómenos son siempre exactamente proporcionados á las influencias exteriores. Es, pues, fácil, por medio de estudios experimentales, reducirlos á algunos principios generales, que se denominan leyes, y que indican con precisión, y en todas las condiciones posibles, como actuará el agua en virtud de su peso y dadas su falta de elasticidad y su fluidez absoluta. La hidrostática enseña en qué condiciones la gravedad produce el reposo del líquido; la hidrodinámica, al contrario, nos muestra cómo la gravedad provoca su movimiento y qué parte hay que dar á la resistencia que opone la adhesión á la voluntad del agua; ambas reunidas forman la hidráulica.

De igual modo, la química nos enseña cómo se conduce la voluntad, cuando las propiedades de los cuerpos, reducidos al estado de fluidez ó de solución, tie-

nen toda su libertad de acción; se ve entonces ese maravilloso espectáculo de cuerpos que se buscan ó se repelen, se separan ó se unen, abandonando el elemento para apoderarse de tal otro, lo cual se conoce en el precipitado que se forma; en fin, todo cuanto se contiene bajo el nombre de afinidades electivas, que es un término tomado de la voluntad consciente.

La *Anatomía* y la *Fisiología* nos muestran cómo se arregla la voluntad para producir el fenómeno de la vida y para conservarla durante un instante. En fin, el poeta nos la representa obrando bajo la dirección de los motivos y de la reflexión. La estudia casi exclusivamente en su fenómeno más perfecto, en los seres dotados de razón y cuyo carácter es individual. Lo que estos seres hacen ó padecen es lo que la poesía nos muestra en forma de drama, de epopeya, novela, etc. Cuanto más exacta es la pintura de los caracteres y más conforme á las leyes de su naturaleza, mayor es el mérito del escritor; por eso Shakespeare ocupa el primer lugar.

El punto de vista en que nos colocamos corresponde enteramente con aquel espíritu con el cual amaba y cultivaba Goethe las ciencias naturales, pero él no se daba cuenta de ello en abstracto. Lo sé, menos por lo que resulta de sus escritos, que por lo que él mismo me manifestó verbalmente.

Si consideramos la voluntad en los seres dotados de conocimiento, á los cuales nadie se la disputa, observamos que la tendencia principal en todo individuo es la de su propia conservación: *Omnis natura vult esse conservatrix sui*. Las formas bajo las cuales aparece esta tendencia se resumen en buscar y perseguir ó en evitar y huir, según las ocasiones. Esas mismas formas las hallamos en los grados más bajos de la Naturale-

za, ó, en otros términos, de la objetivación de la voluntad. Podemos discernirlas allí mismo donde los cuerpos no obran más que como cuerpos en general, es decir, como objetos de la ciencia mecánica y considerados únicamente bajo el respecto de la impenetrabilidad, de la cohesión, de la solidez, de la elasticidad y de la gravedad. Aquí la tendencia á buscarse se manifiesta en forma de gravitación, la voluntad de huir es la recepción del movimiento, la *movilidad* de los cuerpos, á consecuencia de la presión ó del choque, objeto principal de la mecánica es, en el fondo, la manera con que manifiestan su tendencia á la conservación.

En efecto; los cuerpos son impenetrables; la movilidad es para ellos el único medio de conservar su cohesión y con ella su existencia del momento. El cuerpo golpeado ó comprimido sería aplastado por el cuerpo que choca con él ó le comprime, si no se sustrajera á su poder por medio de la fuga para salvar su cohesión; cuando no puede huir, es aplastado efectivamente. Los cuerpos elásticos, en este sentido, son los cuerpos más *valerosos*, puesto que tratan de rechazar al enemigo ó al menos de detenerlo. La comunicación del movimiento (sin hablar de la gravedad) es, en mecánica, el único misterio cuya solución no da esta ciencia. Acabo de indicar que aquélla no es más que la expresión de la tendencia fundamental de la voluntad en todos sus fenómenos, á saber: el instinto de conservación, que es el instinto esencial hasta en los cuerpos más elementales.

En el reino inorgánico, la voluntad se objetiva en primer lugar en las fuerzas naturales generales y por medio de ellas se objetiva en seguida en los fenómenos particulares producidos en cada objeto por de-

terminadas causas. La relación entre la causa, la fuerza natural y la voluntad como cosa en sí, queda suficientemente explicada en el párrafo 26 del primer volumen. Se puede ver allí que la metafísica no estorba nunca la marcha de la física, pues toma la cuestión donde la última la abandona, es á saber: en las fuerzas primitivas, donde se detiene toda explicación causal. Aquí es donde comienza la explicación metafísica basada sobre la voluntad como cosa en sí. En todo fenómeno físico, es decir, en todo cambio material, podemos descubrir primeramente su *causa*, que es siempre otro cambio que ha precedido inmediatamente al que estudiamos; después, la *fuerza natural* primitiva, que es lo que da á la causa su facultad de obrar, y finalmente la *voluntad*, que constituye la esencia íntima de esta fuerza en oposición á su fenómeno. A pesar de esto, la voluntad se manifiesta tan directamente en la caída de una piedra como en un acto del hombre; la diferencia está en que su manifestación especial es producida en los actos humanos por un motivo, y en la caída de la piedra por una causa mecánica, por ejemplo, el faltar el sostén de la piedra, pero el hecho se produce con igual necesidad en ambos casos; en el primero se basa en el carácter individual; en el segundo, en una fuerza general de la Naturaleza. Esta identidad del principio esencial se hace hasta visible cuando contemplamos con atención un cuerpo cuyo equilibrio se ha alterado, y cuya forma es tal, que rueda á derecha é izquierda antes de recobrar su centro de gravedad; una cierta apariencia de vida se impone á nuestro espíritu y presentimos inmediatamente que allí funciona un principio análogo al de la vida. Este principio, en el caso dado, no es, en verdad, más que una fuerza natural; pero